

El espanto de lo Real

Por Andrés Hernández Ortiz (andres@heortiz.net)

Dice el diccionario que real es algo que tiene existencia verdadera y efectiva. Todos los días podemos observar, escuchar y sentir una gran variedad de cosas como pelotas, comida, automóviles u otras personas. Cuando experimentamos todas estas percepciones, una de nuestras primeras tentaciones es considerarlas a todas ellas como cosas reales: cosas que son verdaderas y tienen efectos sobre el resto de las cosas reales. Sin embargo, un poco de experiencia en este mundo nos muestra rápidamente que no todo lo que percibimos es verdadero o efectivo, cualquier prestidigitador o psicólogo de la Gestalt nos enseña pronto que existen un sinnúmero de ilusiones, una diferencia entre lo que percibimos y lo real.

Y la diferencia entre lo percibido y lo real se hace cada vez más grande si vamos incrementando lo que vamos aprendiendo sobre el mundo. Nuestras percepciones del mundo dependen por completo de los límites de nuestros sentidos corporales. Existen sonidos y luces que somos incapaces de ver porque tienen longitudes de onda que nuestros órganos sensoriales no pueden aprehender. Además es posible que una persona fantasee o imagine. Incluso es posible que una persona sea hipnotizada y alucine percibiendo cosas que, evidentemente para otras personas, no existen realmente. A veces las personas alucinan sin necesidad de que estén hipnotizadas.

Por estas complicaciones muchas personas han sentido que es necesario diferenciar conceptualmente a las “cosas reales” que están en el mundo, de lo que nosotros percibimos sobre ellas. Una forma de hacer esta distinción habla de la diferencia entre el fenómeno y el noúmeno. El fenómeno es una cosa que es percibida y conocida por alguien, mientras que el noúmeno es esa misma cosa en el mundo, independientemente de que haya sido o no aprehendida por alguien. Obviamente existe una relación entre el noúmeno y el fenómeno, lo que aprehendemos depende de alguna forma de lo que existe. Sin embargo, la relación entre ambos dista mucho de ser sencilla o perfecta, el fenómeno no es idéntico al noúmeno que lo provoca; y mucho de lo nouménico no llega nunca a lo fenoménico. Para Immanuel Kant, lo fenoménico proviene de “Das Ding an sich”, la cosa-en-sí, que es en su esencia inaprehensible. Y las cosas son aún más complicadas cuando pensamos en la psique como un mediador más del proceso de aprehensión que crea el fenómeno a partir del noúmeno.

Una forma de entender esta apropiación de la realidad por la psique es considerar el concepto de representación. La psique se representa los objetos de la realidad. Así las cosas, existe el noúmeno, pero solo se le conoce como representación psíquica construida a partir de lo que puede registrarse sensorialmente. Pero la psique no necesariamente copia a la perfección lo registrado a través de los sentidos. La psique tiene reglas, límites, aprendizajes previos, objetivos y deseos propios; y la forma que tome la representación estará influenciada por todas estas cosas. La representación de un taco de arrachera será muy diferente para un ruso que para un mexicano, para alguien con hambre o para alguien que acabe de comer.

El mundo de las representaciones, para los psicólogos, tiene reglas bastante complejas. Pero para los psicoanalistas son increíblemente más complejas. Desde el psicoanálisis, las representaciones tienen distintas propiedades que pueden ser analizadas desde perspectivas económicas, tópicas y dinámicas: están ligadas a distintas magnitudes de afecto, reciben energía pulsional, entran en conflicto entre sí y pueden ser apartadas de la consciencia por razones éticas.

Si la primera tentación ante el fenómeno es considerarlo real, después de este rodeo conceptual ahora la tentación es querer prescindir del noúmeno para dedicarse en exclusiva a una fenomenología. ¿Qué importa “Das Ding an sich” que es inaprehensible si podemos dedicarnos a lo que sí conocemos? En casos extremos, poniéndonos solipsistas, incluso puede dudarse de la existencia del noúmeno. Y sin embargo, la distinción entre fenómeno y noúmeno es completamente irrelevante cuando un auto a toda velocidad nos golpea el cuerpo, o este mismo cuerpo deja de funcionar correctamente en respuesta a una infección bacteriana. Lo real es verdadero, pero sobre todo, efectivo. Aunque no podamos dar cuenta de ello. Aunque tenga una longitud de onda distinta a la que nuestros sentidos puede convertir en sensación.

Lacan nos habla de tres registros: lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real; y nos hace la recomendación un poco enigmática de que es muy importante que no los confundamos entre sí. Lo Simbólico y lo Imaginario son dos formas distintas de aprehender psíquicamente al noúmeno. Una de estas formas de representar, lo Imaginario, tiene que ver con lo especular, con las relaciones diádicas, con las imágenes provenientes de los sentidos, con la fantasía y las satisfacciones alucinatorias de deseo. La otra forma, lo Simbólico, tiene que ver con la sociedad humana en su conjunto, con sus reglas, leyes y cultura, con sus abstracciones, conceptos y definiciones; con sus lenguajes. Lo Simbólico y lo Imaginario dan cuenta del noúmeno de formas cada vez más refinadas y amplias; ahora incluso puede hablarse de quarks, hoyos

negros y hologramas. Y sin embargo el noúmeno es irreductible al fenómeno. De acuerdo a Lacan, todo aquello que ha logrado resistirse a ingresar a lo Simbólico o a lo Imaginario, persiste en lo Real. Lo Real lacaniano se define en negativo. Lo interesante es que al igual que lo real del diccionario, lo Real también es verdadero y efectivo. En otras palabras, lo que no podemos llevar a lo Simbólico o lo Imaginario, también puede lastimarnos. En un texto de Miriam Castaldo¹, sobre el concepto de “susto o espanto” en los pueblos latinoamericanos, puede leerse el siguiente relato:

Un señor que le gustaba mucho andar por la noche una vez vio una mujer tapada por un rebozo.

La viene siguiendo y le habla y la mujer no contestaba; él escucha un ruido y la agarra y le vio los ojos, feos y grandes, era un espíritu, y se espantó y se murió.

Se le salió la sombra.

En el pueblo se van perdiendo muchas cosas, y se estudia más y se van dando cuenta de muchas cosas. Antes no querían estudiar, los papás no los dejaban estudiar o no tenían dinero, tenían chivos, ganado y los mandaban a cuidarlos. Cuando yo estudiaba no pude seguir, estaba yo con mis abuelitos y no pude estudiar, ya con mis hijos [...] la cosa es si los muchachos quieren estudiar; todos se van por el otro lado [Estados Unidos]; está muy mal.

Otra vez un señor borracho iba al campo a tomar las palmas secas, cortaba manojitos y los regalaba a las señoras para el fuego. Una vez que fue no regresó, se perdió. Su yerno fue con las autoridades después unos días. Fueron al cerro y lo encontraron muerto. Lo comieron los animales. Nadie se quería acercar para levantarlo porque estaba todo comido, pero un señor se acercó y lo levantó, y lo trajeron. Se agarró el aire. La noche este señor no podía dormir porque cuando cerraba los ojos veía al muerto y después le dijeron de hablar con él y decirle de dejarlo tranquilo. Fue que pisó con los huaraches la grasa del cuerpo del señor muerto y le dijeron de cambiar los huaraches. Los tiró y quedó tranquilo.

Desde hace mucho tiempo, diversas formas de “medicine man” han tenido claro que un encuentro con lo sobrenatural, o con sucesos naturales pero horrorosos, pueden tener efectos catastróficos en los seres humanos. Sucesos de los cuales es difícil o imposible dar cuenta desde lo Simbólico o lo Imaginario, podría hablarse de encuentros con lo Real. Encuentros difíciles de imaginar e imposibles de simbolizar, y sin embargo verdaderos y eficaces. En la medicina tradicional latinoamericana, un espanto o un susto puede enfermar, enloquecer o incluso matar a alguien. Pocas cosas más eficaces.

¹ Miriam Castaldo. Susto o espanto: en torno a la complejidad del fenómeno. Dimensión Antropológica, Año 11, Volumen 32. Septiembre/Diciembre 2004. Accesado en http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/pdf/dian_32_02.pdf

Françoise Davoine y Jean-Max Gaudillière, en textos como “Historia y Trauma”² y “El Acta de Nacimiento de los Fantasmas”³, proponen un marco teórico para un trabajo psicoanalítico que podría llamarse clínica de lo Real. Trabajando con pacientes diagnosticados como psicóticos por la psiquiatría, ellos hacen un descubrimiento que solamente puede ser entendido, como la genialidad que implica, si seguimos la recomendación lacaniana de no confundir lo Simbólico o lo Imaginario, con lo Real.

Para muchos psicoanalistas, incluyendo a Freud, la locura es siempre un producto de conflictos intrapsíquicos. En su lectura del caso Schreber, la locura del presidente era secundaria al conflicto ocasionado por deseos homosexuales incestuosos que era incapaz de reconocer. En otras palabras, la causa de su locura podía reducirse a conflictos que podían leerse desde lo aprehensible por lo Simbólico e Imaginario. Y sin embargo, diversos psicoanalistas (Freud incluido) han encontrado que buscar e interpretar conflictos inconscientes, no produce los efectos que pueden observarse en el psicoanálisis de la neurosis.

Jean-Max Gaudillière y Françoise Davoine nos recuerdan que, por definición, lo Real queda fuera de lo Simbólico y lo Imaginario; no está representado y por lo tanto no puede ser encontrado dentro del psiquismo, aunque no por eso deja de tener un efecto en lo psíquico. En las ruinas arqueológicas de Pompeya no pueden percibirse ya la erupción del volcán, ni el fuego o el humo, ni el terror de los afectados por la catástrofe... y sin embargo todas esas cosas dejaron alguna forma de huella en las ruinas. Estas cosas tuvieron existencia real y efectiva, aunque debido a la magnitud catastrófica del evento no haya una representación persistente de ellas.

Los psicólogos del yo desarrollaron mucho el psicoanálisis de lo Imaginario. Lacan y muchos de sus discípulos enfatizaron de forma radical la importancia de dirigir el psicoanálisis hacia lo Simbólico. Davoine y Gaudillière nos introducen a la posibilidad del psicoanálisis de lo Real, además de darnos la noticia de que es mucho más necesario de lo que creemos. Así como en el susto o espanto latinoamericanos, ellos nos hacen notar que existen muchas personas y generaciones enteras, en diversas partes del mundo, que han sido afectadas de forma catastrófica por lo Real. Para ellos, muchas formas de locura o alteraciones psicósomáticas podrían entenderse mejor si se reconocieran los efectos,

² Françoise Davoine, Jean-Max Gaudillière. Historia y Trauma: La locura de las guerras. Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2011.

³ Françoise Davoine, Jean-Max Gaudillière. El Acta de Nacimiento de los Fantasmas. Ediciones Fundación Mannoni, Argentina, 2010.

no simbolizados, de lo Real. Lo Real, que se resiste a ser simbolizado, es generalmente algo de difícil aprehensión, enorme, horroroso, traumático.

Y los autores de “Historia y Trauma” nos recuerdan que hay pocas cosas más horrosas que la guerra. En su libro recuentan una gran variedad de viñetas clínicas en las que puede delinarse la relación entre la guerra, la perversión y la locura. Las guerras son una de las manifestaciones más claras de la perversión que puede abrir las puertas a lo Real traumático. La perversión en la sociedad humana, especialmente en situaciones de guerra, lleva a situaciones traumáticas inasimilables y además tiene la capacidad de romper el lazo social, la confianza en las demás personas y en el lenguaje, y por lo tanto disminuye las posibilidades de simbolización o representación.

Al encontrar la relación entre la guerra y lo Real, ellos encontraron también una forma de hacer psicoanálisis de lo Real y sus efectos. En los relatos de las experiencias de la psiquiatría de guerra, ellos hallaron una serie de principios que dan posibilidades a lo que parecería imposible por definición. Estos principios, enunciados en un principio por un psiquiatra inglés de apellido Salmon, eran el de proximidad, el de inmediatez, el de “expectancy” y el de simplicidad. Además ellos agregan las directrices de resistirse a diagnosticar y a medicar con psicofármacos.

Desde estos principios ellos no temen asegurar que “sí, el psicoanálisis de la locura es posible”... y yo agregaría, el análisis del espanto, el susto, lo psicossomático y en general de lo que es verdaderamente ominoso de la experiencia de ser humano en un mundo Real.

Pero ¿cómo trabajar psicoanalíticamente con algo que por definición no es siquiera representable? Ellos dejan claro que definitivamente no con el dispositivo analítico clásico y ortodoxo. Hay que olvidarse del diván, de la neutralidad y a veces hasta de la abstinencia. Más bien hay que ver al paciente como una especie de Don Quijote en una búsqueda real y efectiva de la que depende una parte del futuro de la humanidad y a la vez convertirse en su Sancho Panza, en un brazo derecho en combate. Modificar el dispositivo analítico para intentar un nuevo enfrentamiento con lo Real, un enfrentamiento en el que a lo mejor, al contar con un combatiente más, pueda haber alguna especie de desarrollo simbólico y/o imaginario. En esta forma de hacer psicoanálisis, el analista ejerce una “proximidad” junto al paciente y junto a lo Real que lo aqueja; un Real que sigue siendo presente en una realidad atemporal, siempre “inmediato”; siempre con la “expectancy” de que algo puede hacerse, de que siempre puede seguirse

intentando dar el paso de lo Real a lo Simbólico, de convertir el terror en palabras y encontrar el lenguaje que pueda dar cuenta de la perversión humana y denunciarla.

Para Davoine y Gaudillière, el loco no es una persona dañada sino más bien un Don Quijote que ha sido tocado de forma irreversible por algo Real que el resto de la humanidad ha sido incapaz todavía de asimilar. El loco es una persona que no puede dejar de ver algo horroroso que debiera ser asimilado y controlado, aprehendido y mejorado. El analista de este tipo de loco tiene la oportunidad de asistirle en esa búsqueda, para encontrar una forma de hacer que el lenguaje y la cultura humana crezcan para poder evitar que una parte muy particular de lo Real siga dañando a alguno de nuestros congéneres.

Así como Lacan, en su época, fue una llamada de atención para los psicoanalistas de su época al recordarles que no podían olvidarse de teorizar sobre el poder de la palabra y lo Simbólico; ahora Françoise Davoine y Jean-Max Gaudillière nos colocan una sonora alarma para que identifiquemos que hay cosas que amenazan el alcance y poder del lazo social humano para contener a lo Real, y que es indispensable que los analistas lo reconozcamos y adecemos nuestra clínica en consecuencia.

México, D.F. a 21 de Agosto de 2015.